



VI

Mels salía de casa Paillard, donde acababa de almorzar, cuando, delante de Vaudeville, vió en la portezuela de un cupé un rostro de mujer que le sonreía. Reconoció á la condesa de Terrenoire, y se dirigió hacia ella, con el apresuramiento de un convidado de la víspera.

—Acabo de tomar un palco para esta noche—dijo la dama.—Mi marido deseaba ver á la Réjane en la obra nueva. Dicen que está admirable de pasión... ¡No deja de ser curioso! ¡Las comediantas llaman la atención por lo apasionadas! Yo conozco á muchas mujeres entre mis relaciones que han tenido aventuras terribles. Nunca se ha sabido hasta mucho después... ¡En el preciso momento nadie lo hubiera sospechado! Ponían la cara de todos los días.

—Condesa, esto quiere decir que para sus amigas la comedia consistía en ser impenetrables, mientras que, para las comediantas, el arte está en hacerlo comprender todo...

—¿A dónde va usted, querido maestro?...
 ¿No querrá usted que permanezcamos, según me figuro, charlando á la vista mal intencionada de esos revendedores de billetes?...
 ¿Puedo llevarle á alguna parte?

—Voy al Instituto.

—Y yo á la calle de Bellechasse... Suba usted, le acompaño...

Mels se instaló al lado de la joven señora, quien dijo á su lacayo:

—Muelle Malaquais, frente al puente de las Artes...

El coche emprendió su carrera. La señora de Terrenoire se arrellanó en su rincón, miró á Mels con ojos velados por los párpados entreabiertos, y luego, con voz que el ruido de la calle le obligaba á hacer más aguda que de costumbre:

—¿Está bien la señora Aufridi?

—Muy bien, gracias.

—Es una persona muy notable. Todos los días me felicito por haber trabado conocimiento con ella. ¡Lástima que sea tan hurañá! ¿Será posible que no consienta en asistir á uno de mis lunes? A ver si la trae usted... Deseo presentarla á algunas grandes señoras... A la señora de Bérule, y á la condesa de Galarn, que podrían serle útiles.

Mels meneó la cabeza:

—Tiene un carácter muy independiente y no hace más que lo que le conviene.

—¿Pero usted bien tendrá autoridad sobre ella?...

—Ninguna.

—Será porque usted no quiere, porque al fin...

Y subrayó la frase con una sonrisa y un guiño que tuvieron el privilegio de irritar á Mels en grado sumo. Presentía con inquietud en aquel mismo momento que Teresa escapaba á su influencia, para soportar con tranquilidad le atribuyeran unos derechos que no podía ejercer sobre ella. Así es que replicó con cierta aspereza, cosa muy rara en un hombre tan bien educado:

—No tengo ningún derecho sobre la señorita Aufridi. Ni yo, ni otros, por supuesto...

—Ni usted... sea, puesto que lo asegura. Pero en cuanto á otros... ¡Al fin!...

Y sobre este segundo «al fin» la condesa puso un mohín que era el colmo de la impertinencia y de la perfidia. Mels se estremeció de ira, sus manos se crisparon, é hizo un movimiento para apretar la pera de aviso con objeto de bajar del coche. Pero el agudo puñal de la sospecha había penetrado en su corazón. Y quiso saber. Y en lugar de saltar á la acera, se volvió hacia la señora de Terrenoire y dijo friamente:

—Esto demanda una explicación. Según usted, condesa, hay otras personas que poseen sobre la señorita Aufridi medios de acción que yo no tengo...

—¡Ah! usted deduce de una palabra soltada al azar, consecuencias...

—Con usted, condesa, no hay palabras soltadas al azar. Usted no dice lo que no quiere decir. Así, pues, si hace usted una alusión, es que tiene algún motivo... ¿Cuáles son esas personas?... Tengo interés en conocerlas, aunque sólo sea para servirme de ellas cerca de Teresa...

—¡Pues bien! ¿No le parece que la señorita Bazin podría ser una de ellas?...

—¡Ah! ¡Esto es una excusa! Hace un momento no pensaba usted en Celia...

—¿Y su amigo Ténérán?...

—¡No! ¡no! Señora, no es ese á quien quería designarme...

—En fin, el señor Mayrault...

Esta vez los párpados entornados de la señora de Terrenoire se abrieron bruscamente, y sus desenmascarados ojos lanzaron á Mels una irónica mirada.

—Mayrault es mi discípulo, como Teresa, —balbuceó Mels...—¿Qué superioridad tiene sobre mí respecto á ella?...

—¡Eh! ¡eh!...

La sonrisita seca de la joven dama hizo vibrar los nervios de Mels, que exclamó:

—Señora ¿querrá usted decir?...

—¿Yo? ¡nada, nada! Quiero demasiado á la señorita Aufridi para no rechazar todas las insinuaciones que puedan serle perjudiciales... Y si me ocupara de los rumores que cir-

culan sobre ella y el señor Mayrault, sería para desmentirlos.

—¿Qué rumores?

La condesa de Terrenoire se hundió en el fondo del cupé, miró de hito en hito al pintor, y dijo con afectuoso acento:

—¿Debo hablar? Me parece que se halla usted bien dispuesto. ¿No me expongo á darle pena? La opinión no se da exacta cuenta de los sentimientos de usted respecto á la señorita Aufridi...

—Sean los que fueren, señora, debe usted terminar las confidencias que ha empezado á hacerme...

—Pues bien, puesto que usted me lo exige: nadie se esconde de decir que Mayrault y Teresa se aman, y por lo general, se opina que, después de los servicios que ha hecho usted á entrambos, ¡le hacen representar un papel muy desairado!

Mels se quedó inmóvil, como aniquilado. Luego preguntó:

—¿Desde cuándo ha oído contar eso?

—¡Oh! qué se yo, hace algunas semanas...

Mels se pasó la mano por la frente. Recordaba que era la época en que Teresa y Mayrault trabajaban en el boceto del concurso.

Y repitió:

—¡Varias semanas!...

La condesa, viendo su estupor, y midiendo tardíamente la profundidad del golpe que acababa de asestarle, tomó la mano del pin-

tor, y con dulzura, tratando de borrar el efecto de sus palabras:

—Ya lo sabe usted, se dicen tantas cosas... ¿No es verdad?

Mels no quiso oír más. Había soportado el horror de la revelación. No quiso aceptar el consuelo de las vanas negativas. La convicción había penetrado de un solo golpe en su espíritu. Teresa amaba á Mayrault: así todo se explicaba. Y la luz se hacía sobre su actitud respecto á él. Volvióse hacia la linda mujer de mundo que, entre los sedosos paramentos del elegante cupé, acababa de asesinar tan á mansalva á un hombre como si le hubiera herido con un puñal, é inclinándose con su altiva elegancia:

—Adiós, condesa. Algunas veces es bueno tener amigos sinceros.

Y con una dolorosa ojeada, con una amarga sonrisa, devolvió á su gracioso verdugo todas sus pérfidas ironías. La señora de Terrenoire no halló palabras con que contestar. Hizo un signo, y el cupé partió.

Mels, cuando se halló solo, se puso á andar por el muelle. Ya no pensó en ir al Instituto. Iba siguiendo la corriente del río, andando en derechura. En el muelle Voltaire, miró unas estampas en la puerta de una librería. No tenía conciencia de lo que hacía. Una sola idea martillaba su cerebro: Mayrault y Teresa se aman. No deducía ninguna consecuencia. La brutalidad del hecho bastaba. ¡Teresa y May-

rault, sus dos hijos! Su traición, era por eso mismo, atroz. Sin el menor asomo de inquietud, él les había entregado uno á otro, creyéndose seguro de su honradez y de su absoluto respeto. ¡Y le habían engañado! Y durante algunas semanas, meses tal vez, habían disimulado delante de él. Sus palabras habían sido mentirosas, sus miradas traidoras. Y aquella misma mañana, después de haber expuesto su corazón á Teresa ¿no había ella huído ante las consecuencias de la conversación, no se había negado á pronunciarse cuando él le pedía una respuesta? Sí, aquella mujer mundana, feroz y venenosa le había dicho la verdad, pocos momentos antes, en el coche, mientras él la escuchaba con la estupidez de su ciega confianza: ¡Teresa y Mayrault se aman! ¡Todo había acabado, pues!

Sólo entonces empezó Mels á darse cuenta del desastre que aquel amor debía acarrearle. Todo se hundiría en su vida. El edificio quebrantado, que se esforzaba en consolidar con ayuda de Teresa, se desmoronaba irremisiblemente. Lo presentía con lucidez, en aquel momento doloroso en que iba andando por el muelle, arrastrando las piernas pesadamente á causa de la tensión de sus nervios; era viejo. No había que hacerse ilusiones. La edad pesaba sobre él. Al pasar por delante un cristal de un almacén, entrevió en un instante su cara, y sus arrugas, sus cabellos gri-

ses, toda la decrepitud de sus cincuenta años se asomó de repente á sus ojos. ¡Era viejo!

Del apuesto Mels, no quedaba más que un anciano, excesivamente elegante y presumido, que podía, con sus gracias anticuadas, ponerse en ridículo. Al propio tiempo que el sentimiento de su decadencia física, se impuso á su imaginación la amarga certidumbre de su decadencia intelectual. Agotado como hombre, agotado como artista, tal era su estado. En aquel momento, aunque se hubiera opuesto con todas sus fuerzas á aquella opinión, le hubiera sido imposible dudar. Una sombría tristeza invadió su espíritu. Vióse despreciado, desacreditado, abandonado. Exhaló un doloroso suspiro, y murmuró:

—¿A qué vivir?

Se asomó á la baranda del muelle. Y allí, delante del ministerio del exterior, en una soledad casi completa, estuvo contemplando á los acarreadores de leña como descargaban una chalana. El movimiento de aquellos hombres, que pasaban con su carretilla por una estrecha tabla para ir de la orilla al barco, ocupó puerilmente sus ojos. Y se decía: «¡Qué felices son estos hombres! Trabajan allí, como brutos, sin pensar en otra cosa que en no caer al río al pasar por la tabla. Repiten, sin cambiar jamás, su trabajo cotidiano. La estrechez de su cerebro constituye su seguridad y su fuerza. ¡Por qué no he de ser como ellos, sin ambición y sin ensueños!»

Más allá del río, sus miradas pasaron por encima de las arboledas del jardín de las Tullerías, se deslizaron por los jardines reservados y fijáronse en la masa imponente de la columnata del Louvre. Una súbita palpitación agitó su pecho. Allí, en aquel palacio, en sus largas y salemnes galerías, en una gravedad casi religiosa, las maravillas del arte universal estaban expuestas á la admiración pública. Allí, las telas seculares de los grandes pintores resplandecían sobre las paredes con inagotable brillantez, perpetuando el recuerdo de los artistas que las habían ejecutado. El ensueño de todos los maestros: durar, sobrevivir, ser eternamente jóvenes por la belleza, la bondad y la gracia de sus obras, aquel ensueño que le había sonreído, que agitaba á todos sus contemporáneos, se hallaba allí, en aquella reunión de esplendores, enteramente realizado. Rafael triunfaba por la pureza, Vinci por la gracia, Rembrandt por el vigor, Rubens por la fogosidad, Van Dyck por la nobleza de su genio, Clouet, Poussin, Felipe de Champaigne, Lebrun, Larguillière, Mignard ponían muy alto el renombre de la escuela francesa, de la que Lancret y Nattier representaban la elegancia, Watteau y Boucher la gracia. Todos los grandes modernos, los que él había aprendido á admirar, los que había conocido aún al comenzar su carrera, los Géricault, los Vernet, los Deçamps, los Delacroix, los Delaroche,

los Ingres, estaban allí, reunidos en la serenidad de la gloria. Regnault, su amigo, Bastien-Lepage, su camarada, Puvis de Chavannes, su rival, le esperaban allí. Y entre los grandes nombres de su generación, él era tal vez el único destinado á empequeñecerse, á ofuscarse, á desaparecer sin lograr la suprema consagración.

A tal idea, la sangre afluyó á su cerebro, y la ira se apoderó de él. Quiso rebelarse contra su debilidad. Se llamó cobarde por no sostener su renombre con la lucha, por abandonarse tan miserablemente por una vulgar traición. Si una mujer le desgarraba el pecho ¿por qué no se servía de sus sufrimientos para renovar su inspiración? Con sangre y con lágrimas también se podía pintar. Pero tenderse en el suelo, como un vencido en un campo de batalla, esperar la servidumbre ó la muerte en la inmovilidad y las lamentaciones ¿era digno de un hombre como el que deseaba ser, y del rango en que quería figurar?

Y dejando su solitario observatorio, se encaminó más deliberadamente hacia el centro de la ciudad. Sentíase reanimado por ideas más valerosas. Una sonrisa desdeñosa apuntó á sus labios:

—Yo les probaré que soy siempre el mismo. Se han dado demasiada prisa en prescindir de mí. La mejor venganza que puedo tomar de esos ingratos es pasarme sin ellos. Les dejaré á merced de su doble hipocresía.

No faltará quien les juzgue y me juzgue á mí también. La ventaja no estará de su parte.

Su orgullo, puesto á prueba de un modo tan cruel, se sintió algo aliviado por esa impresión. Volvió á entrar en su casa resuelto, y sobre todo más tranquilo. Su ama de llaves, saliéndole al encuentro, le avisó que Ténéran le esperaba en el estudio.

—¿Está en casa Teresa?—preguntó después de vacilar un instante.

—No,—le respondió la anciana Prudencia con inquietud—Teresa no ha vuelto aún. ¿El señor necesita de ella?

—No,—dijo Mels—quería saber únicamente si estaba en el taller, porque entonces hubiera rogado al señor Ténéran que pasara al jardín.

—¡Ah!—exclamó el ama de llaves.

Y esta simple exclamación traducía tanta sorpresa y tanto cariño hacia su amo, tantos reproches contra Teresa, y tan triste decepción, que Mels miró conmovido á la fiel doméstica, que trabajando silenciosamente á su alrededor, había sorprendido sin duda una parte importante de sus ensueños, y le compadecía sinceramente, al verlos destruidos.

En el estudio, Ténéran, sentado en un taburete, estaba examinando con inteligente curiosidad el retrato de la condesa de Terrenoire. Al ver entrar á su amigo, no se levantó. Tendióle la mano, y continuando el examen crítico en voz alta:

—La influencia de Gustavo Moreau y de los pintores ingleses es evidente. Burne Jones, Wisthler y Crane han dejado aquí sus huellas... Ya no es tu manera de hacer. Pero no está menos bien. Es otra cosa. El mecanismo de la cabeza es artificioso ¡pero qué hermosa y delicada resulta! Dentro de diez años, este retrato quedará esmaltado, como una ágata. Ya sabes que me gusta mucho todo lo que haces, viejo mío. Hay más tradición, más autoridad, más abolengo en tu manera. ¡Lo que no impide que esta pilluela tenga un talento bárbaro! ¿Cuánto le pagan por un retrato como éste?

--Seis mil francos, creo.

—¡Caramba! esto le asegura su independencia,—dijo friamente Ténéran.—Una mujer que se gane tan bien la vida puede disponer de ella según le convenga.

—¿Por qué lo dices? —replicó Mels con aspereza.

—Lo digo, porque es un buen preámbulo para la entrevista que me propongo tener contigo, mi viejo amigo.

—¡Ah! ¿tú también vienes á hablarme de Teresa?

—¿Y quién se me ha adelantado?—preguntó Ténéran con inquietud.

—¡El mismo original de este retrato!—dijo el viejo pintor, riendo con anargura.

—¡Ah! ¡esa cotorra chillona y ofensiva! ¡Entonces, te habrá dicho mil perrerías!

—Me ha explicado con gran lujo de pérfidas reticencias, que Mayrault y Teresa se burlaban de mí... ¡Y que la cosa hace tiempo que dura!

—¡Qué infamia!

—¿Te indignas? ¿Estás seguro acaso de lo contrario?

—¡Seguro!

—Veamos, en qué te fundas.

—Sencillamente. Mayrault ha ido á mi casa para suplicarme hablara contigo, si lo creía conveniente, con objeto de averiguar cómo recibirías la noticia de los proyectos que ha formado respecto á Teresa. Yo creo que si esos muchachos tuvieran algo que reconvenirse respecto á ti, no se hubieran preocupado en saber lo que puedas pensar, y te habrían dejado donde estás... Por el contrario, veo un muchacho que está intranquilo con la idea de que pueda apenarte, y que protesta de su cariño y de su afecto hacia ti, y dispuesto, no debo ocultártelo, á renunciar á todas sus esperanzas, si ha de ser causa de tu infelicidad...

Mels hizo un movimiento de dolorosa indignación y sus cejas se fruncieron. Parecía más humillado que conmovido por aquella muestra de respetuosa sumisión. Ser víctima de Mayrault le gustaba más tal vez que ser su protegido. Dominóse en seguida, y recordando su calma:

—¡Está bien! Mayrault quiere mi consen-